

SANTIAGO CATALÁ RUBIO (coord.), *Comunidades cristianas no católicas* (Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha 2004) 229 pp.

El Centro Asociado a la UNED de Cuenca ha publicado este volumen sobre la diversidad cristiana dentro de la colección “Estudios” de la Universidad de Castilla-La Mancha. Ya es digno de reconocimiento el hecho de que se trate un tema como éste en las publicaciones de una universidad pública española, teniendo en cuenta además otros libros anteriores aparecidos en la misma colección, también de temática religiosa: religiosidad popular, Islam en España, y judaísmo. Santiago Catalá, profesor de la universidad manchega, es el editor de este libro, un tanto heterogéneo en su contenido, como podrá verse a continuación. Se trata de una serie de artículos de diversos autores en torno al tema que le da título, pero sin un prólogo o introducción que sería de agradecer. Únicamente en la contraportada podemos encontrar una sinopsis de lo tratado, y una de las colaboraciones se introduce afirmando que es una ponencia presentada en el “Tercer encuentro sobre Minorías Religiosas: Comunidades cristianas no católicas” (dato que también aparece en la ficha bibliográfica que se añade a los datos de publicación). Así ya se puede entender mejor la obra, y algunas de las anteriores.

En su mayoría, se trata de trabajos encuadrados en el Derecho Eclesiástico. Así, el destacado profesor de esta disciplina Agustín Motilla comienza por la cuestión de los Acuerdos de Cooperación con las Federaciones evangélica, judía y musulmana, cuya reforma es pertinente al haber sobrepasado ya los diez años de vigencia tras su promulgación en 1992. El abordar las tres confesiones reconocidas por el Estado español “de notorio arraigo” en un contexto de temática cristiana lo fundamenta el autor en la igualdad sustancial de los tres acuerdos. Tras algunas consideraciones generales, detalla sus propuestas de reforma y actualización de estos textos en sus diversos campos de aplicación, propuestas que “pretenden alcanzar a una más alta cota de libertad de las confesiones minoritarias, subiendo

un peldaño más [...] en el proceso de equiparación con la Iglesia católica” (33).

En este mismo tema abunda en otra colaboración Mariano Blázquez, secretario ejecutivo de una de las partes implicadas, la FEREDE (Federación de Entidades Religiosas Evangélicas de España), además de presentar el informe que remitió al presidente del Gobierno en 2001, y donde exponía el mismo asunto. Más adelante, Marcos González se fija en la cuestión concreta de “la programación religiosa evangélica en los medios públicos de comunicación”. Gloria Moreno se acerca al tratamiento de los ministros de culto y la autonomía de las confesiones a la hora de determinar este tema, a raíz de un caso judicial sobre una ministra adventista. M.<sup>a</sup> del Mar Moreno es la encargada de estudiar brevemente los efectos civiles del matrimonio evangélico y su regulación, a la que critica por su uniformidad, y falta de interés por parte del Estado.

Podríamos considerar un segundo bloque de la obra el formado por varias colaboraciones que se acercan al tratamiento de la religión y, en concreto, de las confesiones protestantes, en otros países de nuestro entorno. El diplomático británico Anthony Ball expone la relación Iglesia-Estado que se da en su país; y sobre las confesiones cristianas no católicas en Italia escribe José T. Martín de Agar, profesor en la Santa Croce. Los profesores manchegos José María Martí y David García Pardo se encargan del protestantismo francés y de la Iglesia luterana en Alemana, respectivamente. Además, hay un interesante artículo sobre el conflicto del Ulster y su contexto religioso, escrito por Juan Ignacio Catalina y Ángel Luis López, donde afirman que lo religioso, aunque integrante del problema irlandés, no es su causa como a veces parece querer demostrarse.

Dos artículos llaman la atención por tratar sobre la comunidad mozárabe. Si bien es cierto que puede explicarse su presencia aquí por el ámbito geográfico del que estamos hablando (Castilla-La Mancha), también es verdad que no es una “comunidad no católica”, sino simplemente un rito católico no romano, algo que tiene vital importancia y sobre lo que hay que evitar las confusiones. En la contraportada se justifica esto diciendo que “sin dejar de ser católicas, tienen su propia idiosincrasia, lo que las convierte de algún modo en minorías religiosas”, fundamentación que no da razón de una inserción no muy acertada en el libro.

Por último, se habla del cristianismo copto (la otra comunidad a la que se refería la frase citada en el párrafo anterior), del que se encarga el editor de la obra. En esta parte no se tiene en cuenta suficientemente la existencia de los coptos ortodoxos y los coptos católicos como realidades diferentes, aunque conserven el mismo rito. Y se afirma, de manera parcial y sesgada, que “curiosamente es la Iglesia

católica la que se ha “separado” del Cristianismo primitivo, el copto, que ha evolucionado hacia la monogamia, la permanencia del vínculo conyugal, la indisolubilidad del matrimonio o el celibato obligatorio” (224). Los cristianos coptos, según Catalá, serían los más fieles al evangelio y a las primeras comunidades. Puede verse la peculiar interpretación que hace de la historia del cristianismo –que adolece del típico prejuicio antirromano– y que queda confirmada cuando considera el fenómeno de vuelta a la comunión con Roma casi como una traición al verdadero espíritu y tradición coptos.

Luis Santamaría del Río

JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU, *Los nuevos movimientos religiosos (Nueva Era, ocultismo y satanismo)* (Madrid: San Pablo 2004) 140 pp.

Dentro de la colección “Las religiones, ¿qué son?” aparece ahora este volumen dedicado al fenómeno de las sectas, echando mano del ya muy extendido término de Nuevos Movimientos Religiosos (NMR), pretendidamente más neutral, aunque ya avisa el autor de que “el término “secta” no es ni bueno ni malo” (11). En una breve y ajustada introducción Vázquez Borau presenta la motivación del libro, cuya temática está situada en el estudio del “resurgir de las religiones, pero de una manera confusa” (7), y con la pretensión de hacer una revisión crítica de la nueva religiosidad y sus grupos, pretensión que, dicho sea de paso, consigue de manera positiva.

El primer capítulo está dedicado a la definición y características de los NMR, y el segundo hace lo mismo con la Nueva Era, a la que acertadamente define como el resultado de una red global, y no como un simple movimiento. El resto del libro ya se dedica a exponer, con una clasificación bastante completa y apropiada, los diferentes NMR. Comienza por los de matriz africano-animista (cultos afroamericanos sincretistas), y continúa con las principales sectas que tienen su origen en el hinduismo, en el budismo y en el confucianismo (aquí incluye al controvertido grupo Falun Gong, perseguido por el Gobierno chino). Otros tres capítulos se dedican a tratar los NMR surgidos del judaísmo, del cristianismo y del Islam. Después, los grupos científicos, ocultistas y satanistas, para acabar con unas interesantes conclusiones.

Se trata de una obra muy recomendable de divulgación de este tema, por la manera que tiene de condensar en poco espacio un fenómeno tan complejo como el que trata. Incluso el formato ayuda a su lectura y estudio. A esto contribuyen su presentación estéticamente agradable, y una composición de cada capítulo que incluye, además

del texto principal, recuadros con temas marginales de interés, un vocabulario esencial de términos específicos y una propuesta de materiales didácticos, con libros y películas recomendados para profundizar en cada tema.

Sin embargo, algunos puntos son mejorables. Habría sido apropiado ampliar un poco más los dos capítulos iniciales, dedicados a las generalidades de las sectas y la Nueva Era. Por otra parte, extraña la inclusión del sijismo como un NMR, cuando suele ser tratado como religión propiamente dicha. En el capítulo dedicado a los grupos de matriz cristiana, es discutible la aparición y desaparición de algunos movimientos: podrían suprimirse los primeros que están, como los anabaptistas, hutterianos, menonitas y amishianos, y destaca la sorprendente omisión de los Adventistas del Séptimo Día, tan decisivos en su origen en el siglo XIX junto con los mormones y los Testigos de Jehová. Como NMR de impronta islámica, aunque es totalmente sincrético, se echa de menos a la importante Fe Bahá'í. Nueva Acrópolis se trata de un grupo esotérico, y por tanto con éstos debería colocarse, y no en el capítulo de los NMR cientifistas. Por otra parte, la inserción de la masonería en el capítulo dedicado a los movimientos ocultistas tendría que haber sido precisada un poco mejor, pues no se trata de un simple NMR, sino que es algo cualitativa y cuantitativamente distinto.

Por último, hay que señalar que las indicaciones bibliográficas de cada capítulo y del final de la obra podrían haber sido más completas y actualizadas (aparecen libros difíciles de encontrar ya, y se echan en falta algunos de calidad), y podemos encontrar algún fallo como la cita del documento de dos pontificios consejos de la Santa Sede sobre la Nueva Era con el cardenal Paul Poupard como su autor. Todas estas objeciones no restan el valor que esta obra tiene y que ya han sido destacados, y por los que el autor es merecedor de la enhorabuena.

Luis Santamaría del Río

MASSIMO INTROVIGNE, *Los Illuminati y el Priorato de Sión. La verdad en Ángeles y demonios y El Código Da Vinci* (Madrid: Rialp 2005) 216 pp.

Massimo Introvigne, director del CESNUR (*Centro Studi sulle Nuove Religioni*), con base en Turín, es uno de los más prolíficos escritores europeos actuales sobre el tema de las sectas y el esoterismo (puede verse en el nombre del centro que dirige su orientación, que habla de "nuevas religiones" y no de "sectas"). Poco después de la aparición del original italiano, Rialp ha publicado en español este

libro, uno más en la gran cantidad de literatura que responde críticamente al éxito mundial de la novela *El Código Da Vinci*, de Dan Brown.

En la introducción, tras presentar sintéticamente el planteamiento de la novela, Introvigne justifica la publicación de este libro como respuesta a “este evidente cúmulo de necedades” en el hecho de que *El Código Da Vinci* “no es sólo una novela, o al menos no es así como Dan Brown la presenta” (12). El autor aporta algunos datos que refutan puntos de la novela, y hace lo mismo con la otra composición anterior de Brown, *Ángeles y demonios*. Por eso quiere estudiar a los grupos sobre los que basculan ambos *best-sellers*: el Priorato de Sión y los Illuminati, integrantes de tantas teorías conspiracionistas de la historia. Diferencia los tipos de complots, negando la veracidad de los “macrocomplots”, y afirmando que todo lo que se dice de las dos organizaciones tratadas quiere inculcar la idea de que habría un “Gran Complot”, y “propagar la (falsa) información de que tanto los Illuminati del siglo XX (y XXI) como el Priorato de Sión son organizaciones potentísimas que tramam complots desde hace siglos, cuando en realidad se trata – como veremos – de grupos pequeños y no muy poderosos, que actúan desde fechas relativamente recientes” (30). Ésta va a ser la idea principal del libro. Además de que su promoción sería un contraataque a la “auténtica conspiración contra la humanidad”, encarnada por la Iglesia católica. También hace alusión a la conexión esotérica de todo esto, integrada por templarios, masonería y rosacrucismo.

El primer capítulo está dedicado a los Illuminati, y se adentra en los orígenes de esta orden en el Iluminismo alemán del siglo XVIII, como reacción bávara anticatólica dirigida por Adam Weishaupt, que al crearla le atribuye una gran antigüedad, y que cuenta con una accidentada historia en la que se entremezcla la masonería, y a la que llegaron a pertenecer, entre otros, Goethe y Herder. Después, “desaparecidos los Illuminati, vive su leyenda” (61). Serán Robison y Barruel los encargados de confeccionar el mito del complot, que los responsabilizaría de la Revolución Francesa, algo infundado. De ahí pasaron a ser un elemento popular en los EE.UU. (en donde forman parte de numerosas teorías conspiracionistas, como la que los vincula con la orden *Skull and Bones* de Yale, y a la que pertenece George W. Bush). El episodio siguiente es la creación, a finales del siglo XIX, de la segunda Orden de los Illuminati como sociedad iniciática y paramasónica, que tiene un azaroso recorrido que se prolonga hasta hoy: “la Orden no ha desaparecido, pero puede considerarse en vías de extinción” (102).

El segundo capítulo del libro le sirve a Introvigne para demostrar que el Priorato de Sión no es más que “una organización neocaballeresca, fundada en 1956 por el esoterista francés Pierre-Atha-

nase-Marie Plantard” (103), sobre bases políticas y esotéricas. La descendencia de los merovingios fue una reclamación clave en toda la historia de Plantard y su aureola iniciática, junto con el célebre enigma de los supuestos documentos y tesoros hallados en la iglesia de la localidad francesa de Rennes-le-Château. Según la documentación falsificada por estos personajes, el Priorato tendría su origen en el mismo Godofredo de Bouillon, y habría tenido importantes Grandes Maestros, encargados desde entonces de proteger a los merovingios, descendientes legítimos del trono francés, y sus secretos. Todo esto, con muchas precisiones, “para mostrar de manera definitiva que los documentos, esos que el epígrafe *Los hechos* al inicio de *El Código Da Vinci* da todavía como auténticos, son falsos y sus autores los reconocieron como tales al menos veinte años antes de que Dan Brown se ocupase de tales escritos” (164).

El momento de mayor popularización llega cuando contacta con Plantard el actor Henry Lincoln, que produce varios documentales sobre toda esta historia para la BBC. En todo el ambiente esotérico a partir de los años 60 del siglo pasado, Lincoln publica en 1982 con otros dos autores el popular libro *El enigma sagrado* (editado en España por Martínez Roca), y que divulga la tesis de que “Jesús se casó con María Magdalena y tuvo varios hijos que, huidos a Francia junto con la madre, dieron origen a los Merovingios. El auténtico “Santo Grial” consistiría en el secreto de la existencia de descendientes directos y físicos de Jesucristo, el último de los cuales es – o *podiera ser*, dice expresamente el texto – Plantard. Con una etimología discutible, pero sugestiva, que ya hemos visto retomada por Dan Brown, los tres autores leer “Santo Grial” como *sang réal*: “sangre real” no sólo merovingia, sino procedente del propio Jesucristo. Para custodiar precisamente ese secreto nació el Priorato de Sión” (168). Con esto se pretende deslegitimar el cristianismo desde su misma raíz y fundamento, y ha tenido gran repercusión mediática. En 1989, Plantard relanzó el Priorato, confirmando su historia y sus célebres dirigentes pretéritos, hasta su muerte en 2000. Ahora habría un grupo, entre otros muchos, dirigido por Gino Sandri.

El libro termina con una conclusión en la que el autor comenta varios asuntos relacionados con lo tratado, a nivel de cultura popular: la posible próxima novela de Brown, una película producida por Walt Disney con ingredientes semejantes, la serie de televisión *Expediente X* (que, al contrario que los otros títulos, no aparece traducida, sino en su original *X-Files*), la Nueva Era y el mito contemporáneo de los Reptilianos. Estos últimos serían seres extraterrestres que habrían intervenido en el origen del hombre y querrían dominar a la humanidad, ocupando ocultamente gobiernos y sociedades secretas, y en cuya existencia basa su teórico principal, el inglés David Icke, la explicación y la trama de toda la realidad mundial pasada y presente. Según esta teoría, muy difundida en algunos ambientes, “el complot

de los Illuminati y del Priorato de Sión se desvela como un complot extraterrestre” (197), lo que complica todo aún más. Y, para colmo, para acabar con todo ello habría que destruir la religión, especialmente con la Iglesia católica (la más peligrosa de todas, naturalmente).

Resume Introvigne toda esta maraña de datos y teorías absurdas con la ingeniosa expresión “de cómo un ratón parió una montaña” (198). Y lo explica por la necesidad de lo sagrado y de lo misterioso, cuando se ha pretendido desterrar la religión y dejar al hombre a solas con un puro racionalismo, proyecto típico de la modernidad. Dan Brown y todos estos autores ofrecen a las masas, “al amplio y hoy mayoritario mundo del *believing without belonging* [creer sin pertenecer, expresión de la socióloga G. Daviel cierta razón para creer, o muchas razones para no pertenecer” (200-201). Con respecto a esta última idea son interesantes las afirmaciones que hace Santiago Guijarro, profesor de Nuevo Testamento en la UPSA, en una entrevista (*Agencia Veritas*, 16/12/05).

Considero oportuno destacar de todo el libro este último punto de la conclusión, en el que hace un análisis muy acertado del éxito de esta literatura de best-seller encuadrada en el paradigma esotérico y en la nueva religiosidad difusa. Y también el comienzo de la introducción, donde propone una comparación (qué habría pasado si una novela hubiera atacado así al budismo) que muestra con transparencia la intolerancia cultural que se da, en mayor o menor medida, contra lo cristiano. El resto del libro, muy documentado, a veces puede cansar por el exceso de fechas, nombres, anécdotas y otros muchos datos, que hacen difícil seguir la argumentación. Pero que pretenden ser, con todo detalle, una crítica de fondo a cierta mentalidad conspiracionista, tan extendida y tan fantasiosa.

Luis Santamaría del Río

RONALD ENROTH, *A Guide to New Religious Movements* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press 2005) 220 pp.

El sociólogo Ronald Enroth, autor de varios libros con una cierta popularidad en los Estados Unidos sobre el fenómeno de las sectas, ha editado ahora este volumen, que cuenta con la colaboración de otros once expertos. Como su mismo título indica, se trata de una guía de los principales “nuevos movimientos religiosos” en la actualidad. Precisamente comienza el editor constatando que “la sociedad norteamericana ha llegado a ser un supermercado espiritual” (9).

En el primer capítulo del libro, introductorio, analiza la situación de cambio sociorreligioso en su país, marcado por la profusión de estos grupos, y que no van a ser tratados de manera enciclopédica – exhaustiva – ni apologética o de descrédito, puesto que parte de un pluralismo tradicional estadounidense, aceptado como legítimo y positivo. La perspectiva, sin embargo, sí tiene una concreción, ya que todos los colaboradores son cristianos evangélicos, con una preocupación no sólo de analizar las sectas, sino también de anunciar el evangelio en este contexto: su propósito es “entender varios movimientos religiosos contemporáneos y equiparlos a los cristianos para presentar a Jesús nuestro Señor a las personas de estos grupos” (13). Merece una muy buena valoración el hecho de profundizar en las doctrinas de las sectas, cuando normalmente se atiende a su actuación, por un prejuicio laicista que prefiere marginar lo teológico, lo que proporciona una visión muy incompleta de la realidad de cada grupo. En este primer capítulo también aborda la cuestión de la terminología (donde defiende el empleo de “nuevo movimiento religioso” en lugar de “secta”) y de sus principales características: nuevas combinaciones, nuevos lugares, cosmovisión dicotómica, membresía atípica, liderazgo carismático, controversia externa y transformación.

Ron Rhodes firma el capítulo segundo, dedicado a los Testigos de Jehová, y en el que, tras hacer un repaso de su historia hasta la década actual, se fija en las principales cuestiones doctrinales en que discrepan con el cristianismo (Trinidad, cristología, escatología, etc.). Escribe sobre sus atractivos y el impacto en la familia (bastante profundo y negativo), además de cómo ha de situarse un cristiano ante ellos. En el capítulo siguiente, Vishal Mangalwadi se acerca, junto con el editor, al yoga y al hinduismo tal como se han presentado en Occidente, con una visión crítica: “el yoga no puede ser despachado simplemente como otra ayuda a la salud física. Alguien ha dicho que no hay hinduismo sin yoga, ni yoga sin hinduismo” (43). Y se adentran en el análisis de varios de sus tipos más extendidos hoy: Hatha yoga, Japa Yoga (los Hare Krishna), Surat-Shabd yoga (la Misión de la Luz Divina), Kundalini yoga y Tantra.

El cuarto capítulo aborda la Iglesia de la Unificación, fundada por el reverendo Sun Myung Moon, y está a cargo de James Beverley. Además de tratar su historia y doctrinas, considera con detalle el mesianismo del líder y el atractivo que puede tener el grupo. El siguiente movimiento, estudiado por Robert M. Bowman Jr., es la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (mormones), “tan americana como la tarta de manzana” (78), y tan importante en ese país, con un gran crecimiento y relevancia social.

El sexto capítulo está titulado “la religión astral y la Nueva Era”, y en él Charles Strohmmer se acerca a este complicado reticulado



espiritual en la cultura norteamericana (en la que, en gran parte, nace y desde allí se exporta al resto del mundo), incluyendo un tratamiento concreto de las creencias en los extraterrestres. James C. Stephens aborda, en el capítulo séptimo, el budismo tibetano (el más popularizado en Occidente) y la figura del Dalai Lama, que por su celebridad, que analiza con detalle el autor, tanto ha hecho por su difusión. Cabe destacar la perspectiva más bien crítica del estudio.

El capítulo siguiente, de John Peck, está dedicado al neopaganismo en su multitud de variantes, pero con unos principios de pensamiento comunes y una relación muy concreta frente al cristianismo. Como observación, considero que este tema habría estado mejor situado en unión con el capítulo sexto, sobre la Nueva Era. La sincretista Fe Bahá'í es retratada en el capítulo noveno por Francis J. Bekwith, y de todas sus doctrinas se centra en tres puntos principales: la pretensión de no exclusividad, la afirmación de la unidad de las religiones y la relatividad de la verdad religiosa. Craig S. Keener y Glenn Usry escriben sobre el grupo negro de origen musulmán Nación del Islam, repasando sus controvertidas doctrinas y trazando la posible respuesta cristiana (aunque también señalan aquello en lo que su fundador, Elijah Muhammad, tenía razón).

Un último apartado le sirve a LaVonne Neff para recapitular la temática tratada, proponiendo unas pautas a la hora de discernir de manera cristiana las sectas: analizar si sus doctrinas son acordes con el cristianismo tradicional, y observar cómo afecta el grupo a sus adeptos, a sus vidas. La primera pista vale para los movimientos que se dicen cristianos, pero no para los demás. La segunda ofrece una intuición muy importante respecto a este tema: “la buena religión es doctrinalmente fiable, y tiene también un efecto positivo en la vida cotidiana de las personas” (185). Además, añade algunos elementos positivos, que los cristianos podemos aprender en el contacto con las sectas.

Nos encontramos con un libro típico de apologética evangélica ante las sectas, dentro de lo que se ha denominado *countercult movement* – y del que es destacado autor el responsable del volumen –. Aunque con moderación. Puede verse en su tratamiento clásico de las cuestiones doctrinales, y en la alusión, en algunas ocasiones (como en la consideración última sobre la ayuda que a un cristiano pueden prestar las sectas), a “las otras religiones” no cristianas, poniéndolas prácticamente al mismo nivel que los “nuevos movimientos religiosos”. De todas maneras, los colaboradores hacen unas buenas síntesis de la historia de los grupos estudiados y, sobre todo, un abordaje crítico y bastante lúcido de sus doctrinas, a la luz de la Escritura y de la teología evangélica.

Luis Santamaría del Río

JAMES A. HERRICK, *The Making of the New Spirituality. The Eclipse of the Western Religious Tradition* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press 2003) 331 pp.

Entre los últimos libros que se están publicando sobre el complejo fenómeno de la nueva religiosidad emergente, uno de gran interés es éste, cuyo autor, James A. Eric, ya había escrito otro trabajo monográfico sobre los autores deístas ingleses. Destaca la amplia perspectiva de estudio, que no se limita a los siglos XIX y XX, decisivos para el surgimiento de las diversas corrientes espirituales y esotéricas que integran (o acompañan a) la Nueva Era, sino que se adentra en sus raíces de pensamiento, allá por la Ilustración (período bien conocido por el autor).

Según explica en la introducción, pretende hacer un catálogo no exhaustivo de las figuras más decisivas en la configuración de la nueva religiosidad, sobre todo escritores y artistas, con la convicción de que “ha tenido lugar un cambio masivo en las actitudes religiosas occidentales”, y para comprenderlo hay que acudir a las fuentes históricas de lo que él llama “nueva síntesis religiosa” (17). Señala, citando a otros autores, que 12 millones de estadounidenses serían participantes activos de estas corrientes espirituales contemporáneas, y otros 30 millones de personas estarían interesadas en el país. De hecho, es impresionante la difusión pública de estas nuevas espiritualidades, que incluyen brujería, cábala, budismo occidentalizado, cientificismo, psicotecnias y sanación, etc. Y contrapone esta cosmovisión a lo que él llama “el mundo revelado”, o la religiosidad tradicional judeocristiana. No hay que olvidar que la obra reseñada está publicada por una de las principales editoriales evangélicas norteamericanas.

Como primeros antecedentes expone los brotes heréticos en la Cristiandad medieval, la magia y el hermetismo, la cábala, el neoplatonismo y los místicos alemanes, además de señalar al humanismo – con la visión crítica de las Escrituras que trae consigo – como bases para el socavamiento progresivo de la religión en Occidente. Asimismo, profundiza en los autores europeos, dedicando un capítulo a la crítica que hacen de la Biblia, que ante el literalismo oficial se pasan al extremo de deshistorizar completamente los libros sagrados, dando paso al vínculo necesario entre los mitos y la gnosis o conocimiento secreto. Añade aquí la propuesta más actual – pero sin fundamento alguno – de M. Drosnin, popular autor de *El código secreto de la Biblia* y otros libros que pretenden leer en el AT profecías del futuro.

Después aborda el iluminismo francés y su divinización de la razón humana, fijándose en varios autores (también de otros lugares), además de los personajes norteamericanos del siglo XIX enmar-

cados dentro del llamado “nuevo pensamiento” (*new thought*). Otro elemento importante es la exaltación desmedida de la ciencia moderna, sobre todo desde A. Comte, y llegando a la física que proponen algunos científicos vinculados a la Nueva Era. También hace referencia al “legado espiritual de Darwin” (118), en un capítulo que abarca desde el abuelo del naturalista hasta el actual J. Redfield, autor de la novela *Las nueve revelaciones*, pasando por P. Teilhard de Chardin y E. Bulwer-Lytton, y en el que señala que “la idea de que los seres humanos están embarcados en un viaje inevitablemente exitoso y autodirigido en aumento hacia la perfección espiritual por la vía de los mecanismos de la evolución es ahora un componente crucial y dado por sentado en gran parte del pensamiento religioso” (149). Opone radicalmente el evolucionismo darwinista a la revelación cristiana, cosa que puede discutirse.

El elemento considerado a continuación es el panteísmo: B. Spinoza, R.W. Emerson, E. Haeckel y otros autores que, desde la filosofía o desde la ciencia, han sentado las bases del pensamiento panteísta actual. No podía faltar en el estudio el gnosticismo moderno, en cuyo análisis incluye a J. Smith (fundador de los mormones) y a C. G. Jung, además de hacer una interesante referencia a la ciencia-ficción, sobre todo en el cine. Denomina en otro capítulo “chamanismo moderno” a todo el elemento ocultista que arranca de E. Swedenborg y tiene su esplendor en la teosofía y el espiritismo de la época victoriana, aunque después conoce otros desarrollos, como el contacto con los extraterrestres o las supuestas revelaciones directas de Cristo. Del pluralismo religioso algunas corrientes que analiza el autor han deducido que habría una unión mística de todas las tradiciones, una “religión universal” que hay que sacar a la luz acabando con todo lo dogmático y confesional.

Una larga conclusión le sirve al autor para recapitular lo tratado y ordenarlo siguiendo la misma distribución temática por capítulos del resto del libro, y poner ejemplos reales y muy concretos sobre la presencia de estos fenómenos neorreligiosos en la actualidad cultural y mediática. Finaliza con unas consideraciones muy apropiadas sobre la diferencia entre tener un Dios y querer convertirse uno mismo en Dios, que es, en el fondo, la diferencia fundante entre la tradición bíblica y la nueva religiosidad ecléctica. Hay que felicitar a Herrick por lograr un libro bastante completo y, a la vez, profundo en sus planteamientos.

Luis Santamaría del Río

DERECK DASCHKE – W. MICHAEL ASHCRAFT, *New Religious Movements. A Documentary Reader* (New York: New York University Press 2005) X, 341 pp.

Como deja entrever el subtítulo del libro, nos encontramos ante una recopilación de documentación primaria de los llamados en este libro “nuevos movimientos religiosos” (NMR), denominación más extendida en los ámbitos académicos anglosajones para referirse al fenómeno sectario y de la nueva religiosidad. La introducción del libro, de gran interés, trata cuestiones preliminares para el estudio de estos grupos, como la terminología, el origen de la investigación y los diversos factores que incluye (polémica, género, violencia, y diferencia fuera de los EE.UU.). La pretensión de los editores ha sido la de reunir información básica de cada secta para que el volumen sea una herramienta útil de estudio en los estudios superiores y en cursos monográficos sobre el tema. Además, hace una interesante revisión de varios de los más destacados ensayos generales y de introducción a este fenómeno (norteamericanos, evidentemente: los de J. Saliba, L. L. Dawson y T. Miller sobre todo), comparándolos con este libro para situarlo en su contexto. Podemos afirmar que se trata de una buena herramienta metodológica. Si bien tiene puntos en su planteamiento que son discutibles, el procedimiento y la seriedad hay que valorarlos positivamente.

La mayor originalidad la hallamos en su nueva propuesta de tipología de NMR, que parte de la sociología, pero sin olvidar la historia, doctrinas y prácticas de cada grupo en concreto. Comienza la primera parte del libro con la categoría de “nuevo entendimiento”, cuyos grupos representativos acentuarían su peculiar visión del cosmos: la Ciencia Cristiana, la Teosofía y los grupos ufológicos. En la segunda sección se trata la categoría de “nuevo yo”, donde estarían los grupos centrados en el crecimiento personal, en el logro del mayor potencial humano. Aquí incluyen a la Wicca (brujería-neopaganismo contemporáneo) y al movimiento Soka Gakkai, de la familia del Budismo Nichiren.

La “nueva familia” es el término empleado para el tipo siguiente, porque la secta se convierte, literalmente, en la nueva familia verdadera para sus miembros, e incluiría a la Iglesia de la Unificación, La Familia (los anteriormente conocidos como Niños de Dios) y la Santería (culto afrocubano). La cuarta categoría, “nueva sociedad”, engloba a los rastafarianos, la Nación del Islam y el Templo del Pueblo (grupo protagonista de la masacre en Guyana en 1978), que serían los grupos con pretensión de transformar la sociedad. Por último, bajo el epígrafe de “nuevo mundo” aparecen acertadamente la tradición adventista (incluyendo tanto a los adventistas clásicos como al grupo de la Rama Davidiana dirigido por D. Koresh y que se hizo famoso en 1993 por su trágico final en la localidad tejana de

Waco) y los Testigos de Jehová, además de una alusión al revuelo organizado por algunas sectas alrededor del simbólico año 2000.

El volumen cuenta con un apéndice, típico ya en algunos tratados, en torno a la controversia de las sectas. Éste lo firma Douglas E. Cowan, y en él trata los orígenes de los movimientos antisectas (*anti-cult*) y contra-sectas (*countercult*), el primero originado en ámbitos secularistas de afectados y profesionales de psicología, y el segundo de tintes apologeticos evangélicos. Ambos se dedican a alertar a la sociedad de la amenaza que suponen las sectas, de ahí el título del capítulo: “construir la nueva amenaza religiosa”. Se adentra en cómo definen el término “secta” los principales autores de cada una de estas dos corrientes, y su actuación. Todo esto, claro está, de una manera muy crítica.

Puede observarse una perspectiva que, pretendiendo ser neutral, quizás peca de favorable a los grupos estudiados. Por ejemplo, podemos constatar que en el apartado dedicado a La Familia (los Niños de Dios) aparecen textos de la secta sobre todo actuales, sin hacer alusión directa a los escritos antiguos que rayaban lo pornográfico, y que fueron origen de gran controversia. También se echan de menos algunos movimientos de gran importancia, como los mormones o la Iglesia de la Cienciología, así como las principales sectas de origen oriental, y otros grupos. Las introducciones a cada secta son apropiadas, aunque en ocasiones pecan de excesiva brevedad. La selección de los textos ha sido bastante acertada, con la salvedad marcada antes. Tras los documentos de cada grupo hay una breve bibliografía que ayuda a una mayor profundización en ellos.

Luis Santamaría del Río

JOSÉ MORALES, *Los musulmanes en Europa* (Pamplona: Eunsa 2005) 152 pp.

Este libro quiere acercarse al fenómeno actual de la expansión del Islam en Occidente, debida a los flujos migratorios. “En Europa tiene lugar una especie de revolución silenciosa que, en opinión de algunos, podría modificar de manera importante la fisonomía cultural y sociológica del viejo continente” (p. 9). De hecho, las cifras que nos ofrecen periódicamente organismos estatales y medios de comunicación van en aumento, y no dejan a nadie indiferente. Son ya muchas las realidades sociales que se ven fuertemente determinadas por la presencia creciente de inmigrantes: natalidad, empleo, vivienda, enseñanza, etc. Pero el verdadero desafío de los que proceden de países de tradición musulmana es, en el fondo, la diferencia cultural que, como es natural, tiene una fuerte raigambre religiosa.

En esta perspectiva se sitúa el autor. José Morales Marín, profesor de Teología Dogmática en la Universidad de Navarra, ha trabajado sobre todo cuestiones de la especialidad que imparte, lo que en los últimos años le ha llevado a acercarse a la teología de las religiones, sobre la que ha escrito varios libros y artículos (en concreto, dos obras sobre el Islam). Pero lo que aquí nos ofrece no es un estudio teológico, sino un ensayo de análisis sociocultural. En una breve introducción, Morales justifica la importancia de tratar la presencia del Islam en nuestro continente, que está más normalizada que en épocas históricas anteriores, pero cuyo lastre – por las relaciones conflictivas y el peligro que han supuesto los musulmanes para la civilización europea – aún sigue pesando en los sentimientos y actitudes de hoy.

El primer capítulo lo dedica a la inmigración y presencia islámica en el continente. Habla de ocho a nueve millones de personas, cifra que puede quedar escasa por el gran crecimiento de esta población, y por las estimaciones que toma, bastante bajas (dice que hay 350.000 en España, cuando se viene repitiendo desde hace tiempo que superan el umbral del medio millón). Sintetiza también la reciente historia de los ciclos migratorios islámicos hacia Europa, y los distintos modelos de integración y tratamiento institucional, según los países. Considera que “el modelo *español* es uno de los más avanzados de Europa, y podría servir de patrón para regulaciones similares en otros países” (p. 17), y hace una certera valoración de su promoción en España (por motivos ideológicos y anticatólicos). Afirma que la “diáspora musulmana” que se ha producido en el siglo XX no ha sido algo traumático, sino que se ha justificado por razones pragmáticas y religiosas (adaptación del concepto de *umma*).

La integración y mentalidad de los inmigrantes musulmanes es el tema que aborda en el segundo capítulo. Una integración que se hace difícil por la distancia cultural y la tensión vivida entre acogedores y acogidos. Exagerando un poco la situación, Morales dice que “el agua y el aceite no pueden unirse, pero caben acomodaciones pragmáticas, que llegan a ser muy duraderas” (p. 28). Lo principal para los musulmanes europeos es la defensa de su identidad, y se da un cierto proceso de secularización. El autor diferencia entre integración y asimilación o absorción: la primera va por buen camino, mientras que la segunda es irrealizable. Lo que llevará a una situación de multiculturalidad, y a una cierta esquizofrenia que hará debatirse, sobre todo a los jóvenes, entre dos culturas diferentes. También se repasa la acogida europea, diversa en su realización, pero en un clima social generalmente negativo, hostil. Por último, se observan la postura e iniciativas de la Iglesia europea ante el desafío musulmán, y se resumen así: “puede decirse que la institución de Europa más acogedora hacia los inmigrantes musulmanes ha sido y es la Iglesia católica, y esta

afirmación es extensible en grado similar a las denominaciones protestantes” (p. 43).

Con el neologismo “euroislam” encabeza Morales el tercer capítulo, en el que trata la nueva realidad que supone una identidad musulmana en Europa con voluntad de adaptación y cambio cultural propio profundo. Pero se plantea un interrogante: “¿son realmente separables en lo islámico lo cultural y lo religioso, de modo análogo a lo ocurrido en la cultura occidental?” (p. 55). Plantea las dificultades que encuentra la utopía de un Islam autóctono europeo (occidentalizar el Islam en lugar de islamizar Europa), y su carácter de deseo irreal. Otra cuestión es la aportación de los musulmanes a una sociedad multicultural.

El cuarto capítulo está dedicado a la religión tal como es vivida por los inmigrantes musulmanes. Siendo un elemento central de su identidad, es una práctica tradicional, comunitaria y pacífica, aunque no muy extendida entre la población, poco observante. Otros elementos que repasa el autor son la situación de los jóvenes, las fraternidades sufíes, y el tema controvertido de las mezquitas, la predicación y los imanes.

Continúa el libro con “los europeos que se han hecho musulmanes” (p. 83), cuestión a la que dedica los dos capítulos siguientes, partiendo de una explicación de la experiencia de conversión religiosa, aplicada después al Islam a lo largo de su historia. Para dirigir después la mirada al Islam autóctono, el de los conversos europeos actuales, cuyo número es imposible de determinar. Morales considera que “el contexto cultural e ideológico europeo es la matriz de las conversiones autóctonas al Islam” (p. 109), en un ambiente de crisis social y religiosa. Su procedencia es diversa (esoterismo, ecologismo, increencia, izquierdas), al igual que los motivos de la conversión (se trata con detalle el caso de R. Garaudy).

Por último, el capítulo séptimo se acerca a la realidad española, peculiar por ser un lugar de crecimiento espectacular de la inmigración musulmana en un breve período de tiempo, y por ser una sociedad en la que ya es normal y cotidiana la convivencia con estas personas. En cuanto a los conversos españoles, se ha dado la cifra de unos tres mil, y suelen considerarse los continuadores de Al-Andalus (obsérvese lo romántico y nostálgico). Explica su situación organizativa y su tratamiento por parte del Estado (Acuerdos de cooperación de 1992), sus rasgos sociológicos principales y la relación con la población del país.

Se puede afirmar que este libro constituye un buen acercamiento panorámico a la situación actual de la religión islámica en Europa. Sin pretensión de exhaustividad ni de amplitud (se agradece el tratamiento sintético en 150 páginas con escaso aparato crítico),

aporta al lector una visión general ilustrada con cifras y datos, y que bien puede ayudar a situarse ante este fenómeno. Aunque abundan ahora las publicaciones sobre el Islam en nuestra sociedad, sobre todo desde el auge del interés por el islamismo radical y todo lo que está trayendo consigo a Occidente, no están de más aproximaciones como ésta de José Morales, divulgativa y accesible. La perspectiva es, obviamente, cristiana, pero apenas sale a la luz el teólogo que lo escribe. En cuanto a su talante, podemos decir que es crítico y de cierta desconfianza occidental ante la civilización musulmana, habida cuenta de nuestra historia – que no debe olvidarse –. Desde luego, no se acerca a las visiones románticas de exaltación ingenua y acrítica del Islam que también se dan en nuestros días.

Luis Santamaría del Río

JAVIER JORDÁN, *Profetas del miedo. Aproximación al terrorismo islamista* (Pamplona: Eunsa 2004) 218 pp.

Hay un antes y un después de una fecha, el 11/09/01, en la preocupación y el interés mundial por el terrorismo de raíz islamista. Fecha que aparece bien reflejada en el fotomontaje que ilustra la portada de este libro, y en el que puede verse el rostro de Osama bin Laden y las torres gemelas de Nueva York ardiendo. Javier Jordán, profesor de la Universidad de Granada, es doctor en Ciencia Política, y buen conocedor de los temas relacionados con la defensa, entre ellos el terrorismo. En esta obra pretende acercar a los profanos a todo lo que se mueve alrededor del terrorismo islamista actual. En cuanto a la precisión terminológica, es de agradecer al autor que emplee el término islamista y no islámico, pues este último “lo relaciona directamente con el conjunto de la religión musulmana” (p. 11).

La primera parte de la obra se dedica a la descripción general del fenómeno. Comienza con el terrorismo como un tipo concreto de violencia, para centrarse en el de inspiración religiosa – cuando la religión es interpretada e intoxicada – y llegar, más en concreto, al islamista, con sus peculiaridades. No puede preguntarse si el Islam fomenta el terrorismo, pues se trata de una realidad religiosa multi-forme, y por eso la respuesta más correcta sería que “algunas lecturas de las fuentes islámicas sí justifican la práctica del terrorismo” (p. 22). Sus características distintivas serían la extensión mundial, su carácter emergente, la legitimación en nombre de la *yihad*, sus divisiones internas, sus objetivos claros y la elevada mortalidad que produce. Después se acerca a la realidad de los terroristas suicidas, que crean una gran alarma social. Por último, se pregunta si todo esto confirma la teoría del choque de civilizaciones propuesta por S. P.



Huntington, y escribe: “la realidad mundial no da la razón a la teoría de Huntington, pero los que respaldan el terrorismo islamista sí están de acuerdo con ella y actúan en consecuencia” (p. 34), por lo que esta tesis refleja su cosmovisión, o mejor, su ideología.

Las causas del terrorismo islamista son el contenido del segundo apartado. Su conocimiento, según Jordán, posibilitará un trabajo más eficaz sobre sus raíces. Las primeras motivaciones son ideológicas, de raigambre religiosa, que legitima fuertemente, aunque de manera desviada, el recurso a la violencia: “aquél que acepta la lectura religiosa intoxicada se aplica con celo al ejercicio de la violencia más atroz, convencido de estar obrando rectamente” (p. 38). Analiza con gran detalle los orígenes del islamismo como radicalización del Islam, y cuál ha sido el proceso que ha llevado a interpretar la *yihad* como la guerra santa, especialmente en forma de acción violenta terrorista; además de sus ideólogos principales del siglo XX. En todo el aparato ideológico, concluye, lo religioso no carece de importancia, “pero es difícil entender el terrorismo islamista si se le priva de motivaciones políticas antisistema. Lo verdaderamente peligroso de esta ideología es que constituye una fusión de radicalismo religioso, frustración y rebeldía ante lo que se consideran situaciones continuadas de injusticia. Y todo ello enmarcado en una visión apocalíptica de choque de civilizaciones. Argumentos simples, pero capaces de movilizar a una masa crítica de descontentos” (p. 68, donde yo matizaría mucho lo de “crítica”). Otras motivaciones a tener en cuenta son las políticas, sociales y económicas: el autoritarismo y la ausencia de democracia, la pobreza y un resentimiento contra Occidente motivado por conflictos enquistados. Un factor importante es el psicológico, tanto en lo personal (biografía propia del sujeto terrorista con unas características determinantes) como en lo grupal (el colectivo terrorista, cuya influencia sobre el individuo es enorme). También hay, por fin, un componente estratégico, que consiste en el apoyo que los grupos violentos reciben por parte de algunos Estados y organismos de peso (no sólo los regímenes musulmanes, sino también el respaldo indirecto de otras potencias, como cuando los EE.UU. favorecieron el crecimiento de *Al-Qa'ida*).

El tercer apartado del libro lo dedica Jordán a analizar las organizaciones más significativas en el terrorismo islamista, por países, aludiendo brevemente a sus objetivos y acciones. Las clasifica en dos tipos: los grupos que pretenden islamizar el Estado donde actúan, y los de tipo separatista, que aspiran a crear nuevos Estados que se rijan según los principios musulmanes. Los primeros han acabado en fracaso, por lo que algunos de ellos han pasado a la acción internacional liderada por Osama bin Laden. Los segundos cuentan con un mayor apoyo popular, e incluso por parte de algunos países, por intereses estratégicos.

En la parte siguiente el autor aborda con más detalle la red *Al-Qa'ida* como prototipo de terrorismo global. Describe su desarrollo histórico desde su aparición en Afganistán en los años 80 de la mano de Abdullah Azzam y Osama bin Laden, hasta los fatales atentados del 11/09/01, y la evolución posterior hasta 2003. Después es el momento de observar su estructura organizativa, muy peculiar, pues tiene forma de red, y está compuesta por nudos que se comunican gracias a las nuevas tecnologías de la información. Su fin estratégico es “establecer regímenes islamistas en los países de mayoría musulmana y lograr la unión política de la comunidad islámica, es decir, la reinstauración del califato” (p. 164), y tiene a los EE.UU. como principal objetivo a batir, como cabeza enemiga, y con la convicción de que obtendrá la victoria final. En cuanto a la táctica, es “una guerra total y de desgaste, donde la población civil también se convierte en objetivo” (p. 168).

Es especialmente interesante la conclusión de este capítulo, titulada “¿Es ‘Al-Qa'ida’ una amenaza para España?” (pp. 180-193), si tenemos en cuenta que el libro fue escrito antes de los atentados terroristas ocurridos en Madrid el 11/03/04. Es más, para determinar con más precisión la datación podemos atender a una nota a pie de página donde Jordán dice que “algunas de las ideas contenidas en este epígrafe se encuentran en un análisis del Real Instituto Elcano, elaborado por el autor y publicado en la *web* de dicho Instituto el 13 de octubre de 2003” (p. 181). En teoría, España es un país objetivo de la *yihad* como los demás de Occidente, pues formaría parte de la conspiración mundial contra el Islam, según los terroristas. Jordán desarrolla las actividades de *Al-Qa'ida* en Europa y sus grandes líneas de evolución, que serían aplicables aquí: “los yihadistas han utilizado la creciente presencia de comunidades islámicas en nuestro país para ocultarse” (p. 186), y también para acciones propagandísticas, logísticas y proselitistas. Según el autor, no hay evidencias que prueben su conexión con ETA. En cuanto a los posibles objetivos, señala los lugares muy frecuentados, y cita el metro. Lo que se vería confirmado varios meses después, desgraciadamente. Concluye afirmando que “España reúne atractivos peculiares para convertirse en objetivo del terrorismo. Por ejemplo, la memoria histórica de Al-Andalus en el imaginario salafista como recuerdo del máximo esplendor del islam, o el apoyo prácticamente incondicional que ha prestado nuestro país a la política de seguridad de Estados Unidos desde el 11 de septiembre. Pero hasta el momento no existen pruebas de que España se encuentre en el punto de mira de ‘Al-Qa'ida’ de una manera particularmente destacada. Para los terroristas nuestro país es sólo un enemigo más” (p. 192). De lo que hay que destacar, en mi opinión, la eterna nostalgia musulmana que cita el autor, tan cultivada en algunos ambientes islamistas, de la tierra que perteneció a

su civilización y les fue arrebatada por Occidente: Al-Andalus, la península Ibérica bajo dominación musulmana en el medievo.

El último capítulo del libro lo integra una valoración final en perspectiva de futuro. Se afirma que a medio plazo el terrorismo global será semejante a lo ocurrido tras el atentado en los EE.UU.: “es muy posible que la red terrorista pretenda ejecutar nuevos atentados en el corazón de Occidente” (p. 197). Aunque se advierten mutaciones actuales y posibles en su evolución. El autor se fija especialmente en el fondo ideológico y de choque de valores, en las comunicaciones y en la transformación del tipo de guerra como los tres factores que explican la continuidad futura del terrorismo islamista.

En la contraportada de la obra se promete una aproximación sencilla y rigurosa al terrorismo islamista. Y el autor la consigue con creces. Demuestra su profundo conocimiento del tema y su capacidad divulgativa, cuyo resultado es un libro muy recomendable para entender este importante fenómeno de nuestro actual mundo globalizado. A ello ayuda un rico aparato crítico, algunos cuadros informativos, y un breve glosario y “catálogo” de grupos terroristas al final del libro.

Luis Santamaría del Río

JOSÉ MARÍA MARDONES, *La transformación de la religión. Cambio de lo sagrado y cristianismo* (Madrid: PPC 2005) 233 pp.

José María Mardones, investigador del Instituto de Filosofía del CSIC, es uno de los principales analistas españoles del hecho religioso, como lo demuestran sus abundantes publicaciones sobre el tema en las dos últimas décadas. En esta ocasión presenta en forma de libro lo pensado y expuesto por él en las V Conferencias en el Aula Joan Maragall (Barcelona, abril de 2003). El asunto que trata queda claro en el mismo título, y la perspectiva cristiana se ve en el subtítulo. Ya van proliferando los estudios sobre la transformación socio-religiosa actual, enfocados sobre todo desde la filosofía y sociología de la religión, y entre cuyos representantes más conocidos podemos citar a Y. Lambert, F. Lenoir, D. Hervieu-Léger, P. L. Berger o C. Taylor. En esta línea de reflexión se sitúa Mardones, y en una misma altura en cuanto al rigor de su acercamiento al tema. Desde lo fenomenológico pretende llegar a la profundidad: su objetivo es “captar la reconfiguración o metamorfosis de lo sagrado que discurre a través de las líneas de fondo de los cambios religiosos percibidos” (p. 8). Distribuye la obra en seis partes, cada una de las cuales está formada por dos capítulos.

La primera parte del libro está dedicada a la modernidad como marco sociocultural del cambio religioso. En el capítulo 1 califica a la modernidad como un terremoto cultural, y afirma que es “el problema más grave que afronta el cristianismo” (p. 17). Confronta la situación de la religión en la sociedad tradicional con el cambio que acontece con la llegada de la modernidad: la religión deja de ostentar el monopolio cosmovisional (de donación de sentido) y pasa a tener el solo monopolio religioso, aunque la secularización tiene elementos positivos, como la purificación y liberación de lo religioso de algunas adherencias. La religión entonces se defiende y autoafirma, y pierde significatividad cultural, con una actitud de huida.

El capítulo 2 aborda el paso siguiente, la pérdida del monopolio religioso: “el capital simbólico religioso, deja de estar en manos de las Iglesias” (p. 32). Se da una actitud consumista, que conlleva a menor compromiso. Se fragmenta el sentido y lo institucional se resquebraja, por la defensa de la libertad individual, y ante esto la Iglesia se siente amenazada y se defiende, actitud que Mardones considera errónea por tratarse de un rasgo cultural. Además del individualismo destaca otros rasgos, como la moral de la autenticidad personal, el subjetivismo, la propia elección, la primacía del sentimiento, la crisis de la socialización religiosa, la dislocación de los sistemas de sentido (separación entre fe y vida) y la religiosidad “flotante”.

La segunda parte del libro quiere ser un diagnóstico de esta situación cultural: ¿tiene razón la teoría de la secularización o no? En el capítulo 3 observa que, por un lado, “nuestra sociedad está presa de la inmanencia” (p. 49), y esto se ve en el consumismo, la primacía de la tecnología y la naturalización de la religión; mientras que, por otro lado, hay síntomas de una recuperación de la experiencia religiosa, síntomas ambiguos que indican también la caída en la credulidad (no hay razones para el ateísmo, se percibe un cosmos viviente y lo mágico está de moda). Se da esta paradoja: “la modernidad tardía es irreligiosa y religiosa, secular y pos-secular, incrédula y crédula” (p. 58).

El capítulo 4 señala de qué manera la crisis cultural afecta al cristianismo: la devaluación de la tradición dificulta la transmisión del sentido, y se da una “religiosidad líquida”. En una muy lúcida reflexión, Mardones explica el proceso de cómo la globalización cultural promueve el consumo de sensaciones, lo que lleva a un ambiente de diversión permanente, “una prisión-cielo inmanentista para los corazones atiborrados de sensaciones” (p. 63), lo que origina un caldo de cultivo para reacciones fuertes: fundamentalismos, nacionalismos, líderes y sectas. Hay incertidumbre, escepticismo e inseguridad, y proliferan entonces las propuestas irracionales de escape: superstición, esoterismo, magia, fenómenos de sacralidad

secular de masas, etc. Según el autor, “la modernidad se ha resquebrajado” (p. 68), pues el hombre siempre tiene sed de sentido.

La tercera parte del ensayo se asoma a los dos fenómenos extremos de la metamorfosis religiosa: la nueva espiritualidad y el fundamentalismo. “Ambos fenómenos son destructivos y señalan la descomposición de lo religioso” (p. 73). El primero es analizado en el capítulo 5, sobre todo en torno a la Nueva Era como religiosidad subjetiva, experiencial, ecléctica, difusa y fluida, ansiosa de un mundo reencantado, con una concepción pragmática de la salvación, y poco estructurada. Aquí se echa de menos un análisis del fenómeno sectario como manifestación paradójica de la nueva religiosidad, a caballo entre ésta y la sensibilidad fundamentalista (así lo hace, por ejemplo, F. Lenoir).

El capítulo siguiente dedica cierta amplitud a los fundamentalismos, con un planteamiento muy acertado (aunque no estoy de acuerdo con su afirmación de que se trata de la religiosidad que predomina hoy). Hace una revisión crítica de la teoría del “choque de civilizaciones” de S. P. Huntington, que “lleva en el trasfondo una explicación con tonos legitimadores del predominio actual de la religiosidad fundamentalista” (p. 87). Es un fenómeno moderno, y representa un modo de apropiación de la modernidad como reacción. El autor desarrolla sus rasgos y actitudes, y las características que otorga a lo sagrado. Además, este fenómeno nos permite ver los problemas religiosos de la modernidad: la recuperación de lo reprimido, la pasión por el Absoluto, el rechazo del relativismo, la no aceptación de la oscuridad y las mediaciones, y la existencia de dos racionalidades separadas. Es muy discutible la consideración que hace Mardones de la “nueva evangelización” de Juan Pablo II como un invite cristiano de perfil fundamentalista a Europa.

La perspectiva cristiana más explícita aparece en la cuarta parte. El capítulo 7 describe el desmoronamiento del cristianismo tradicional o de cristiandad, con datos estadísticos y una mirada a la situación cultural: hay necesidad de sentido, pero la religiosidad es individual y ecléctica. El autor da una recomendación práctica: “solamente en una pastoral flexible y acompañante que, sin perder la seriedad de una herencia, la compagine con la paciencia de un caminar al lado, se podrá vislumbrar un futuro atractivo” (p. 120). También se acerca al fenómeno de los nuevos movimientos eclesiales, a los que mira de manera crítica (como una reacción de actitud neoconfesional distante de la cultura), aunque ve sus aportaciones positivas. En el capítulo 8 hace un análisis de la expansión actual del pentecostalismo, pues según él “nos muestra por dónde camina el cristianismo con más atractivo y energía expansiva” (p. 124), dato real a juzgar por las cifras: entre 250 y 400 millones de miembros, ya que se trata de una tendencia presente en todas las denominaciones. Apa-

recen su origen e historia, la revolución expresiva que supone, y se hace una pequeña valoración ambivalente.

La quinta parte del libro trata de la “reconstrucción católica”. El capítulo 9 muestra el cambio del imaginario tradicional (lo sagrado objetivo y poseído) a su reconfiguración en una modernidad católica que no llegó hasta el Vaticano II (lo sagrado encarnado). Ante este desafío de aplicación de la letra y el espíritu conciliar, el capítulo 10 desarrolla los desafíos concretos del porvenir. Recapitula los elementos culturales y la realidad cristiana, asuntos ambos que ha desarrollado ya a lo largo del ensayo, y después señala los desafíos eclesiales: la mística de la secularidad, la misión de todos los creyentes, la incorporación de la mujer – donde se muestra muy crítico con la praxis de la no ordenación femenina –, la importancia de la expresividad emocional y la personalización de la fe en un sujeto nuevo. Y las tareas urgentes: la experiencia de Dios, la lucha por la justicia y el cambio social, la fraternidad y comunidad, la fe formada y crítica, y la recuperación simbólico-festiva de la liturgia.

La última parte es una mirada al futuro desde la situación analizada. La relación entre la razón moderna y la religión es el contenido del capítulo 11. Nos ha quedado del racionalismo una cultura que no acepta certezas ni verdades, con una epistemología flexible que deja un lugar a lo religioso, con una razón plural y abierta, pero que está en crisis, y esto más que favorecer la religión promueve la credulidad. Todo ello interpela a la fe cristiana y le impone unas consecuencias prácticas, entre las que destaco la del discernimiento: “somos, tenemos la tarea de ser, cuestionadores de las credulidades de nuestro tiempo para que aflore la verdadera fe” (p. 193). Concluye Mardones afirmando, con gran acierto, que “en este nuevo clima del pensamiento hay lugar para la religión. Hoy no hay razones ni argumentos para ser ateo. Quizá el peligro actual sea creer que vale cualquier cosa. Lo que hoy se pide de la fe, especialmente cristiana, es no hacer dejación del espíritu crítico; no hacer concesiones al espíritu intelectualmente relajado de la época ni a las reacciones de la rigidez mental fundamentalista” (p. 194).

El capítulo 12, por último, nos abre a la interioridad, a la experiencia de Dios como clave de la evolución que ha de seguir la religión y, más en concreto, el cristianismo. No puede ser una simple reforma, sino una verdadera transformación. Como nueva experiencia de la subjetividad, pero sin quedarse ahí: “la verdadera espiritualidad contemplativa no es evasiva, sino contracultural y contestataria” (p. 208). Al final, el autor afirma con esperanza que “se atisba un proceso de cambio religioso gigantesco”, y que “si la religión, especialmente la cristiana, tiene los días contados en su forma de dominio político externo, sin embargo se avizora un larguísimo y fructífero caminar en su profundización interior” (p. 212).

A todo esto se añade un epílogo en el que José María Mardones hace una reflexión pausada sobre el gran acontecimiento global y mediático que ha supuesto el proceso de cambio de pontificado en 2005, desde la agonía y muerte de Juan Pablo II hasta la elección de Benedicto XVI. Se trata de un fenómeno ambiguo: se ha buscado la noticia, lo llamativo, y se ha desacralizado lo sagrado con su espectacularización. Aunque sí puede leerse una sed de lo misterioso, de lo sagrado, de lo carismático en el hombre actual: “nuestro mundo necesita espectáculos como el montado en el Vaticano. Necesita gotas de sagrado extendidas por el mundo a través de las pantallas” (p. 218). Critica el hecho como espectáculo y propio de la cristiandad, y plantea las tareas que tendrá que afrontar el nuevo Papa –al que no mira precisamente con mucha simpatía–, concluyendo con la necesidad de recrear la religión en el contexto espiritual, de “caminar hacia la síntesis de una secularidad sagrada o de una profanidad mística” (p. 229).

Al leer el libro se agradecen las síntesis y conclusiones que ofrece al final de cada capítulo, y que ayudan a seguir la reflexión con las sucesivas recapitulaciones. Las notas a pie de página, apropiadas, podrían haber sido ampliadas para proponer otras lecturas complementarias y para poner referencias a autores y afirmaciones que no se respaldan con la cita correspondiente. Como la mayoría de lo que nos propone el autor, este trabajo tiene una gran calidad, sin duda alguna. Es realista y profundo en su planteamiento, en su mirada al mundo sin quedarse en la superficie, sino yendo a la entraña cultural. Si bien tiene algunos puntos de opinión discutibles, se aprecia un interés identificado como cristiano de discernir lo positivo y lo negativo en la metamorfosis socio-rreligiosa de nuestra época, viendo de manera algo teórica sus aplicaciones a la Iglesia (sin llegar apenas a la propuesta pastoral concreta, que no es su labor).

Luis Santamaría del Río

MASSIMO INTROVIGNE, *I pentecostali* (Leumann, Torino: Elledici 2004) 167 pp.

La casa editorial Elledici lleva desde 1997 publicando la colección *Religioni e movimenti*, que actualmente va por su segunda serie, y que presenta pequeños volúmenes monográficos sobre diversas sectas, movimientos espirituales o corrientes específicas dentro de las grandes religiones. El presente libro está dedicado al pentecostalismo, y lo firma Massimo Introvigne, director de la colección y autor de numerosas publicaciones en torno a la nueva religiosidad, por las

que es conocido en todo el mundo (sobre todo por la labor realizada por el Centro Studi sulle Nuovi Religioni, que él mismo dirige).

Enmarca el pentecostalismo en la religiosidad de tipo fundamentalista – tanto en la teología como en la moral – y proporciona la cifra de 537 millones de pentecostales en el año 2000, de los que 470 millones son protestantes. Dedicar el resto del primer capítulo a considerar en qué medida es protestante este amplio fenómeno, en términos sociológicos. Sería el “cuarto protestantismo”, si consideramos antes a las comunidades históricas de la Reforma, el movimiento revivalista y el de santidad. No sólo es diferente de los anteriores sociológicamente, sino que cuenta con una teología distinta, interpretada carismáticamente y presentada como novedad: “la corriente pentecostal-carismática se aparta plenamente del *continuum* del protestantismo” (p. 19).

El segundo capítulo del libro desarrolla las características principales de este fenómeno religioso emergente. Sus raíces remotas son el bautismo en el Espíritu Santo – fundamental –, el interés por la sanación y los milagros, el “premilenarismo” en la línea de N. Darby, la religiosidad afroamericana y la oralidad. En cuanto a las raíces más próximas, Introvigne alude a su anti-denominacionalismo y al fenómeno de la glosolalia. Los orígenes del pentecostalismo son el contenido del tercer capítulo, que parte del acontecimiento carismático (hablar en lenguas) sucedido en Topeka (Kansas) en 1901, en torno a C.F. Parham y A. Ozman, y tiene sus otros hitos principales en una iglesia de Azusa Street (Los Ángeles, California) en 1906, y en Gales entre 1904 y 1908. De todos estos sucesos fundacionales se ofrecen muchos detalles y un buen apoyo en forma de notas al pie.

El resto del libro se dedica a mostrar, de manera descriptiva, las tres grandes oleadas pentecostales que se han sucedido en el siglo XX, a partir de los acontecimientos comentados antes. En el capítulo 4 trata el autor la primera oleada o propiamente pentecostal, que puede diferenciarse en tres tipos, según la tradición protestante de la que nazca. El primer tipo es el pentecostalismo *wesleyano* o *metodista*, que incluye a la Iglesia de Dios de Cleveland (Tennessee) y la Iglesia de Dios de la Profecía. En el *baptista* nos encontramos con la estructura más importante a nivel mundial: las Asambleas de Dios (y por eso aquí se desarrolla con más detalle el pentecostalismo italiano), además de la Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular y las italianas Iglesias del Valle del Sele. El *unitario* o *modalista* (*oneness*) está integrado por las Asambleas Pentecostales del Mundo y la Iglesia Unidad Pentecostal Internacional. Por otro lado está el pentecostalismo *afroamericano*, donde puede encuadrarse la Iglesia de Dios en Cristo, y que tiene sus peculiaridades debidas a estar formado desde un principio por los negros de los EE.UU. Introvigne señala muy acertadamente otro tipo, que corresponde a los movi-



mientos autóctonos de los países en vías de desarrollo, sobre todo en América Latina. Ésta, según algunos autores, “se vuelve protestante”, o, con la expresión del experto M.A. Pastorino, se encuentra “en llamas” por este crecimiento pentecostal espectacular. Aunque también tiene su importancia en Asia y África. En todo este contexto intercontinental encontramos grupos como la Iglesia de Dios Pentecostal-Movimiento Internacional, o algunos controvertidos grupos como la Iglesia Universal del Reino de Dios (secta brasileña de amplia proyección exterior), la Luz del Mundo (México), el Pueblo de Dios (Paraguay), y el movimiento africano Deeper Life Bible Church.

El capítulo 5 está dedicado a la segunda oleada, denominada más “carismática” que pentecostal, y que se dio dentro de las denominaciones históricas. Por un lado, surgen grupos pentecostales independientes, que no se integran en estructura organizativa alguna. Por otro lado, se encuentran los sanadores y predicadores autónomos, tan populares sobre todo en los EE.UU. gracias a sus poderosas plataformas mediáticas (los conocidos vulgarmente como telepredicadores), y el movimiento iniciado a mediados del siglo XX por W.M. Branham. Otros fenómenos característicos de esta oleada son el Latter Rain Movement, la corriente Full Gospel y las Iglesias Elim. Además de la “renovación carismática” en las Iglesias históricas, fuera de todo el entramado pentecostal que ya entonces existía: sucede entre los episcopalianos, presbiterianos, luteranos, metodistas, menonitas, baptistas... y en la Iglesia católica (la Renovación Carismática Católica, surgida en los ambientes de Cursillos de Cristiandad, y que hoy integraría a 60 millones de fieles). El caso de la Calvary Chapel es peculiar, por su evolución hacia convertirse en una denominación más.

La tercera oleada, la más reciente (también conocida como neopentecostalismo), descrita en el capítulo 6, nace en los años 80 en ambientes no pentecostales, en torno a fenómenos como la posesión diabólica y los milagros, y con un carácter de “combate espiritual” contra lo que perciben en la sociedad y en la cultura como estructuras detrás de las cuales se encuentra el Demonio – especialmente en la Iglesia católica. También en esta última oleada han surgido grupos como las Iglesias Vineyard, la Bendición de Toronto o el Movimiento de la Fe. Habría sido interesante aludir a la que algunos autores ya denominan “cuarta oleada”, y que estaría formada por grupos de judíos mesiánicos que han empezado a tener experiencias carismáticas.

Un breve último capítulo sirve como conclusión, y en él valora Introvigne el futuro del pentecostalismo. Compara, de manera muy original, el fenómeno pentecostal con la Nueva Era pues, aunque doctrinalmente no tienen nada en común, pueden interpretarse ambos de forma paralela: estructuración en red, primacía de la experiencia

individual, visión holística, etc. Elementos que corresponden “a la fragmentación típica de la época postmoderna” (p. 160). Concluye afirmando que “cada nueva generación pentecostal-carismática puede considerar que el proceso de institucionalización haga perder algo a la espontaneidad y frescura originarias del encuentro con el Espíritu Santo. Por otro lado, la gradual superación de la fase de puro *network* expresa también aquella nostalgia de la unidad de los creyentes en Jesucristo en un solo cuerpo que – tal vez adormecida por los acontecimientos y las polémicas de la historia – queda de todos modos como parte integrante de toda experiencia cristiana” (p. 162).

La obra tiene un gran valor descriptivo, pero se echa de menos, tras la sucesión de las oleadas y de los diferentes grupos, alguna valoración general del fenómeno, a mayores de la que se hace: la cuestión delicada del proselitismo, la relación con el mundo, la escatología inminente, la sanación, etc., así como su situación en el diálogo ecuménico actual, asuntos a los que se refiere a lo largo del libro, y que merecerían – sobre todo el último – una atención más particularizada. De todas maneras, constituye un buen acercamiento divulgativo y muy documentado a este fenómeno religioso tan propio de nuestros días.

Luis Santamaría del Río

CONSTANCE A. JONES, *G.I. Gurdjieff e la sua eredità* (Leumann, Torino: Elledici 2005) 128 pp.

George Ivanovitch Gurdjieff (1866?-1949) es una de las principales figuras del esoterismo contemporáneo. Por su importancia, la colección italiana *Religioni e movimenti* le dedica un volumen, a cargo de la doctora en sociología Constance A. Jones, especialista en las religiones orientales y en este tema que le ocupa en esta ocasión. Tiene una estructura muy sencilla: el hombre, la enseñanza y la difusión de la enseñanza.

El capítulo 1 contiene, en primer lugar, la biografía de Gurdjieff. Una vida bastante misteriosa, sobre todo en sus primeros años, si observamos ya al comienzo que su fecha de nacimiento “oscila entre 1866 y 1877” (p. 9; M. Guerra, siguiendo a P. Ravnant, señala la fecha de 1872), en Armenia. Ya desde niño “deseaba captar el significado de la vida humana y el papel del hombre en el universo” (*ibid.*), lo que le hizo un precoz buscador de conocimientos en las más diversas materias, tanto científicas como religiosas. Como otras muchas figuras de la religiosidad alternativa, considera que ni la religión ni la ciencia responden a sus inquietudes, y vuelve, cómo no, su mirada y sus pasos a Oriente. Se le une un grupo de discípulos, sobre todo en

Rusia, que tras la Revolución de 1917 toman el nombre de Instituto para la Evolución Armónica del Hombre. Él difunde su doctrina por Europa y los EE.UU., y muere en París, donde es enterrado con un funeral ortodoxo ruso.

A continuación, Jones ofrece una interpretación de la figura de Gurdjieff, que tenía muchos admiradores, para quienes “era el depositario de una sabiduría esotérica tradicional: su misma presencia era ya una enseñanza, un ejemplo de unidad y equilibrio que originaba cambios positivos en la otra persona” (p. 22), por lo que puede verse su aura legendaria. Aunque también tuvo muchos críticos y opositores, empezando por los periodistas, que lo tildaban de impostor y charlatán. Tuvo contactos relevantes en el mundo de la cultura, como con los escritores K. Mansfield y L. Pauwels. Afirma, siguiendo a personas que lo conocieron y que han estudiado su pensamiento, que es difícil conocer a Gurdjieff e interpretarlo, por su versatilidad, por su continuo cambio de roles y motivaciones en una biografía extraña. Repasa la autora la influencia de las propias vivencias del personaje en sus escritos, aunque concluye diciendo que “su condición queda como enigmática también hacia sus discípulos. Sus interpretaciones de Gurdjieff concuerdan con el hecho de que ejerció una fascinación e influencia que iban mucho más allá de sus humildes orígenes. Determinado a superar su autocomplacencia, parece que hubiera desarrollado capacidades extrañas (algunos las definirían como una ‘unidad’) que, según él, lo pusieron en contacto con fuentes conscientes de sabiduría” (pp. 33-34).

En el capítulo 2 Jones expone la doctrina enseñada por Gurdjieff, que no es más que un camino gnóstico de desarrollo personal, en el que el hombre debe buscar una liberación progresiva que lo lleve a la transformación de la propia conciencia. Nos encontramos ante un desarrollo más del saber esotérico clásico, con elementos científicos, filosóficos, mitológicos, alquímicos, ocultistas y de las más diversas tradiciones espirituales (entre las que se cita el cristianismo oriental). El primer núcleo doctrinal expuesto es la antropología: el hombre se compone de personalidad y esencia, y sus funciones principales son las que llevan a cabo el cuerpo, la sensibilidad y la mente. Hay cuatro niveles de conciencia – el sueño, la vigilia, la autoconciencia y la conciencia objetiva – y hay que esforzarse para llegar al cuarto, que es el que da el verdadero saber. Hay unos obstáculos para esto, que son las “convicciones erróneas”. Otro tema importante es el desarrollo individual, para llegar a la verdadera comprensión, por lo que Gurdjieff propone una “cuarta vía” (tras las del faquir, el monje y el yogi) que puede ejercitar en la vida ordinaria el hombre actual. Por otro lado, su doctrina trae consigo una determinada cosmología, pues relaciona “los procesos que operan en el universo con aquellos que tienen lugar en toda persona” (p. 62). Así, hay una relación directa entre el macrocosmos y el microcosmos, ilustrada con extra-

ñas enseñanzas sobre un cosmos que se rige por la Ley del Siete y la Ley del Tres.

También al acabar este capítulo la autora hace una valoración del pensamiento de Gurdjieff, basándose en las diferentes interpretaciones que se han hecho, desde sus primeros discípulos hasta los mismos ámbitos académicos de estudio del esoterismo contemporáneo, que hablan en términos de “tradición”, ya que “Gurdjieff define su enseñanza como ‘cristianismo esotérico’, pero no reivindica una filiación directa al interior de una fe ‘ortodoxa’, sea ésta cristiana o no. Él niega que su enseñanza sea una religión o esté radicada en un culto instituido” (pp. 73-74). Se repasan los diversos intentos que se han hecho de encontrar las fuentes del pensamiento de este personaje, con críticas que nunca han puesto en duda la sustancia de la enseñanza misma.

Luis Santamaría del Río

JOSÉ LUIS DÍEZ MORENO, *Camino Neocatecumenal. Llamados a salvar esta generación* (Madrid: Incipit 2004) 421 pp.

Se trata de una obra cuyo origen se remonta a doce años atrás, cuando el autor intentó publicarla y, por la prohibición del fundador del Camino Neocatecumenal (en adelante CN), la retrasó hasta ahora, según sus propias palabras. Su objetivo es “ofrecer una visión general de lo que ha sido el Camino Neocatecumenal hasta el momento del estatuto” (p. 13), refiriéndose a los Estatutos que este movimiento eclesial ha visto aprobados por la Santa Sede en junio de 2002. Díez Moreno expresa su intención de neutralidad en el desarrollo del libro, para que el lector saque sus propias conclusiones de los datos vertidos, tomados del propio material del movimiento, del que formó parte el mismo Díez Moreno – dedicado sobre todo al ecumenismo en el Centro “Misioneras de la Unidad” de Madrid – desde 1972 hasta 1996. Explica: “soy consciente de situarme frente a los poderosos del Camino Neocatecumenal, aunque en estas páginas no ofrezco sino un desarrollo muy equilibrado de la trayectoria neocatecumenal” (p. 12).

En el primer capítulo, introductorio (“Instrumento al servicio de los obispos”) comienza por el final de la historia, haciendo un comentario a los Estatutos del CN y del proceso seguido hasta su publicación, en “un lustro de frenética actividad” (p. 17) para sus responsables. Según las declaraciones del propio Kiko Argüello, iniciador del grupo, el documento no cambia nada de su identidad y actividad. Que, por otra parte, va criticando el autor, señalando aspectos que serán una constante a lo largo de todo el libro: el dinero, la inserción

en la parroquia, la eucaristía, los seminarios, la férrea dependencia del fundador, la pobreza formativa y pastoral al finalizar el proceso, el papel de los catequistas, etc. La aprobación canónica es un hito en su historia: “desde el 29 de junio de 2002 ha comenzado una segunda etapa del Camino Neocatecumenal. Puede decirse que nada ha cambiado, pero ha sido reconocido como una realidad eclesial para estos tiempos” (p. 29).

Con el fin de hacer memoria histórica y fijarse en el origen del CN está escrito el capítulo II (“La Virgen le ordenó hacer pequeñas comunidades”), partiendo de la biografía de Kiko Argüello, con su conversión y su paso por Cursillos de Cristiandad; luego, la marginación en Palomeras Altas (Madrid), y la aparición de la cofundadora, Carmen Hernández. El capítulo III (“Todos los caminos van a Roma”) narra lo sucedido a partir de 1968, cuando los iniciadores del CN acuden a Roma, donde imparten sus primeras catequesis en la parroquia de los Santos Mártires Canadienses. Después, los procesos seguidos con la Santa Sede, en un progresivo reconocimiento oficial, sobre todo hecho efectivo con Juan Pablo II, a quien Díez Moreno llama, “el Papa del Camino Neocatecumenal” (p. 90). Un pontífice que los ha apoyado mucho, pero dejándoles claro que han de servir a toda la Iglesia, viviendo la comunión y la obediencia, y sin ponerse como alternativa a la parroquia. Otro tema de importancia que se trata es la creación de los seminarios *Redemptoris Mater* a partir de 1987.

En el capítulo IV (“Iglesias domésticas y liturgia”) quedan reflejados los aspectos celebrativos del CN, tanto en la familia como en la parroquia, y que tan importantes son en este movimiento eclesial. Se advierte del riesgo de arqueología religiosa, pues “se recalca con frecuencia el rescate de muchas cosas olvidadas” (p. 128) al fijarse en la realidad de los orígenes del cristianismo. Se comenta el papel de la casa, que se abre a todos los miembros de la comunidad y que “es, sin duda, uno de los grandes éxitos del Camino y una explicación de la profunda unión entre todos los miembros” (p. 130). El autor dedica palabras de alabanza para estos ejercicios de fe y vida compartidas, primero en la casa y luego en la sala propia de la parroquia, donde se realizan las celebraciones que van formando la nueva comunidad, especialmente las centrales de cada semana: la celebración de la palabra y la eucaristía. También aparecen los importantes elementos del canto, los iconos, la vigilia pascual y la finalización del proceso (tras una veintena de años) con el viaje a Tierra Santa, momento cumbre del CN, aunque Díez Moreno afirma que “en realidad no acaba nunca” (p. 161).

El capítulo V (“Los carismas”) está dedicado a describir los diversos carismas que surgen en el CN, y que a juicio del autor son muy intraeclesiales, sin gran preocupación por lo temporal. En pri-

mer lugar aparece el presbítero inserto en su comunidad, después de una evolución hasta darle su verdadero lugar eclesial, pero que ha tenido como consecuencia la progresiva clericalización de las comunidades y una menor apertura. También habla del carisma de seminarista como algo peculiar (son unos dos mil actualmente), y del responsable de las comunidades, dedicado a la diaconía y el verdadero dirigente de cada grupo. Añade las figuras del salmista, lector, ostiario, maestro de niños, matrimonio y catequista (itinerante o diocesano).

De aspectos más organizativos habla el capítulo VI, que repite el subtítulo de la obra (“Llamados a salvar esta generación”). El primero es el tema de la sucesión de los iniciadores del CN, para lo que ellos mismos constituyeron un consejo de doce miembros destacados llamados “céfalos”, y después un conjunto de setenta y dos itinerantes. El segundo aspecto tratado es la relación del movimiento con los obispos, siempre buscando su aceptación y apoyo, como en la reunión con el episcopado latinoamericano en 1992. El otro aspecto es la misión profética que asume el CN en el mundo, en medio de enemigos y persecuciones, y con una postura claramente separada del humanismo (reducción del humanismo a meros valores humanos), la teología de la liberación y la inculturación (una mentira de la modernidad, muy peligrosa), tres “herejías” para Kiko Argüello.

Sigue el desarrollo general del CN el capítulo VII (“La nueva etapa”), aunque Díez Moreno reconoce que “cada uno de estos aspectos es tratado desde la realidad española y sólo tangencialmente respecto a otros países” (p. 242), como lo es de hecho en el resto del libro. Los aspectos concretos que trata a continuación son las convivencias que se han celebrado con obispos europeos, africanos y americanos, las misiones populares realizadas por el movimiento y la elección de los setenta y dos, además de la construcción de un centro (la *Domus Galileae*) en el Monte de las Bienaventuranzas (Israel). El resto de la obra es prácticamente continuación de este capítulo.

El capítulo VIII (“La batalla por Madrid”) le sirve al autor para explicar cómo el CN fue ganando terreno en la archidiócesis madrileña tal como, tiempo atrás, lo hizo en Roma. Según Díez Moreno, tras la difícil relación con el cardenal Tarancón, su continuador Ángel Suquía “fue cayendo en esa tela de araña” (p. 282), esto es, fue dejándose convencer por los dirigentes del movimiento. Hasta el punto de erigir en 1993 la denominada Fundación Familia de Nazaret para la Evangelización Itinerante. Al hilo de esto aparece el funcionamiento económico del CN, basado en las colectas y el diezmo, para mantener su complicado entramado de estructuras y actividades. El autor reconoce que “a nadie se le exige nada en concreto” (p. 285), pero se pregunta por el origen del dinero con el que pueden afrontar tantos gastos. Trata con detalle el proceso de constitución del seminario

*Redemptoris Mater* de la capital española, cuyo edificio no ha empezado a construirse hasta 2004, y los acontecimientos que rodearon la visita de Juan Pablo II para consagrar la catedral de la Almudena.

Continúa el relato histórico en el capítulo IX (“Rouco, la expectativa”), con lo sucedido tras la sustitución de Suquía por Antonio María Rouco en 1994. El desarrollo, como en el capítulo anterior, se centra al principio en la cuestión del seminario neocatecumenal de Madrid. Repite una valoración bastante negativa acerca de estos centros, que estarían dirigidos por el propio Kiko Argüello y tendrían una diocesaneidad sólo nominal; y también comenta críticamente la relación entre Kiko y Carmen Hernández, y la falta de crítica interna en el movimiento. Díez Moreno afirma que “con sus específicas actuaciones el Camino se ha situado en un marco casi paralelo a la diócesis y a la parroquia con los consiguientes enfrentamientos con instituciones diocesanas y parroquiales y situando a los obispos en posiciones bien difíciles” (p. 347).

El último capítulo (“Al borde de un estatuto canónico”) está dedicado principalmente a dos temas de la historia más reciente: el proceso de redacción de los estatutos y la relación del CN con los medios de comunicación. La primera cuestión comenzó con la petición en 1997 de Juan Pablo II de que se buscasen una fórmula jurídica, ante las polémicas en tantas diócesis alrededor de este movimiento. En una complicada historia destaca la construcción del centro antes citado en Tierra Santa, y su inauguración por el Papa en 2000. En cuanto al segundo tema, Díez Moreno repasa la actitud distante de Kiko Argüello con los medios de comunicación, y las diversas publicaciones de y sobre el CN, donde también aborda su propia investigación y material publicado sobre este nuevo movimiento eclesial desde 1990.

Se trata de un libro amplio y escrito con profusión de detalles, anécdotas y citas, lo que lo hace muy interesante a la hora de acercarse al CN, del que verdaderamente no hay mucho escrito. La cuestión decisiva es la orientación: ¿se cumple la voluntad del autor de dejar hablar a los hechos? ¿o se trata de una obra escrita desde la desafección y el resentimiento? Creo que no puede hablarse de neutralidad, aunque se intenten presentar objetivamente los hechos y documentos. Basta con fijarse en los títulos de los capítulos. Pero Díez Moreno no sólo se fija en lo negativo del movimiento, sino que señala aspectos sobresalientes por su bondad. Quizás pueda aplicarse al autor lo que él mismo escribe de la actitud de los obispos españoles ante el CN: “sin creer que sea tan vivificador como los propios neocatecumenales proclaman, ni tan perjudicial como desde otros sitios se oye” (p. 245). En su conjunto, merece una valoración positiva, por lo que aporta al conocimiento de un grupo que no deja indiferente a nadie, sobre todo dentro de la Iglesia católica.

En cuanto a algunos aspectos mejorables, aparte de las erratas (no pocas), señalo que podría haberse logrado una sistematización mayor, ordenando cronológicamente y temáticamente mejor todo el material, pues se constata algo de desorden y repeticiones de temas y datos. Para una correcta comprensión de todo se precisa un cierto conocimiento de los “ambientes eclesiásticos”, sobre todo de España, que es donde se centra en gran medida el libro. Como un aspecto delicado puede apuntarse el uso abundante de fuentes que no pueden comprobarse, como las personas innominadas, las conversaciones personales, etc. Sin embargo, puede suponerse su veracidad, por su conjunción con el propio material interno del CN (los “mamotreos”) y el desarrollo de la obra. Por mi parte, soy más partidario de denominar a este movimiento por su nombre completo, aquí señalado con las siglas CN, y no “el Camino” o “el neocatecumenado” como emplea el autor – y muchas veces los mismos miembros de estas comunidades –, simplemente por no vincular exclusivamente estos términos a un movimiento eclesial concreto. Sobre todo la primera (cfr. Jn 14,6; Hch 9,2).

Luis Santamaría del Río

PAULO CÉSAR BARROS, “*Commendatur vobis in isto pane quomodo unitatem amare debeatis*”. *A eclesiología eucarística nos ‘Sermones ad populum’ de Agostinho de Hipona e o movimento ecuménico*. Tesi Gregoriana, Serie Teologia, 83 (Roma: Editrice Pontificia Università Gregoriana 2002) 344 pp.

Este libro es la tesis doctoral defendida por el P. Paulo César Barros, jesuita brasileño, en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma bajo la dirección del P. Félix Pastor. El autor declara en el prólogo que la mueven principalmente dos intenciones: primera, mostrar la relación existente entre eucaristía y ecumenismo; segunda, estudiar la eclesiología eucarística de san Agustín. El P. Barros se ha centrado principalmente en *Sermones ad populum*, aunque también ha encontrado materia para la reflexión en *In Iohannis Evangelium Tractatus*, *In Epistulam ad parthos Tractatus*, *Enarrationes in Psalmos* y en los escritos antidonatistas.

El libro consta de tres partes, cinco capítulos, una introducción general, un epílogo y una conclusión general. En la primera parte se estudia el contexto histórico en que surge la polémica con los donatistas; en la segunda, la preocupación agustiniana por promover la unidad de la Iglesia basándose en su experiencia personal de Dios uno y trino; en la tercera, la celebración de la eucaristía como expe-



riencia de la Iglesia una y el impulso que ello supone para trabajar en favor de esta causa.

El autor escribe ordenadamente y con claridad; se aprecia que, en la elaboración de la tesis, ha habido una implicación personal grande. El trabajo pertenece al género divulgativo antes que al de investigación científica, lo cual no le resta valor; pues logra realmente introducir al lector en la eclesiología agustiniana por medio de sentencias, escritos o ideas teológicas del doctor de la Iglesia que son pertinentes y esclarecedoras. No obstante, se tiene la impresión de que la tesis ya había sido establecida de antemano, y el lector se pregunta si la elección de un autor que se ha empleado a fondo en la lucha antiherética –contra el donatismo, en este caso– es la opción más adecuada para apuntalar los principios ecuménicos que el doctorando trata de justificar en su tesis, que, en el epílogo, concluye: “O fato de Santo Agostinho ter exagerado na interpretação de certos textos da Escritura em vista da reintegração dos donatistas à *Catholica* não desmerece o seu empenho e a sua luta em favor da unidade da Igreja. Ainda que o ‘ecumenismo’ de Santo Agostinho corresponda –segundo uma consideração quiçá anacrônica e simplista– ao modelo ecumênico do retorno de todos os batizados não católicos à Igreja católica romana, defendido até tempos recentes pelo magistério pontifício, a sua faina em prol da unidade eclesial não pode ser esquecida” (pp. 283-284). Por otra parte, no se prueba “literalmente” que el Concilio de Trento se haya opuesto a una afirmación de san Agustín (pp.281-282), ni parece que la expresión “límites” (p.281) sea la que mejor convenga a la acción reflexiva del obispo de Hipona, sea ésta sobre eclesiología o sobre cualquier otro tema.

El P. Paulo César Barros ha hecho su trabajo en realidad sobre la unidad de la Iglesia según san Agustín. Ese es propiamente el tema. Y, como tal, está bien hecho.

Jorge Juan Fernández Sangrador

MIGUEL DE SALIS AMARAL, *Dos visões ortodoxas de la Igreja: Bulgakov y Florovsky*, Colección Teológica, n. 111 (EUNSA: Pamplona 2003) 400 pp.

Miguel de Salis Amaral, sacerdote desde 1999, es Ingeniero de Caminos (Oporto, 1991) y Doctor en Teología (Pamplona, 2000). Fue Profesor ayudante en la Universidad de Oporto (Ingeniería, 1992-1994) y en la de Navarra (Teología, 1998-2000). Profesor desde el año 2000 en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma) enseña Eclesiología y Ecumenismo (especialmente Teología oriental). Es consultor de la Congregación de las Causas de los Santos.